

“SIRENE” Y EL DAGUERROTIPO

Por Daniel López Acuña

Facultad de Medicina

A Susana Dubinovsky

El vapor S S Wapama trajo a Mr. Norton a San Francisco al atardecer de un día de agosto. En cuanto el barco llegó y se instaló en el muelle de la bahía, los pasajeros se dispusieron a descender la escalinata. El viaje había sido tranquilo. La gente que llegaba a la ciudad se apresuraba a abordar los carruajes que la llevaban a los hoteles y comercios del centro. En medio de estibadores y marinos que salían de las tabernas cercanas, de barriles y equipajes que eran desembarcados de naves procedentes de todos los puertos del Pacífico, el señor Norton atravesó el muelle. Subió a un carruaje techado, en compañía de dos comerciantes que se dirigían a Alaska y que hacían escala en San Francisco. El equipaje había sido colocado en el techo del carruaje, excepto una pequeña maleta de la que el señor Norton nunca se desprendía.

Durante el camino hacia el centro, apenas cruzaron palabra los comerciantes y el señor Norton, quien esquivaba toda conversación que pudiera revelar su identidad.

En las calles podían observarse tipos de lo más variado: algunos gambusinos que gastaban el poco oro que obtenían, aventureros procedentes de todos los lugares de la Unión, comerciantes de pieles, uno que otro trampero que aún vestía sus ropas del bosque, chinos que caminaban con pasos cortos y que vestían a la usanza oriental, negros que apenas libres sufrían la discriminación de los blancos, viajeros procedentes de todo el mundo, bellas mujeres elegantemente vestidas, y habitantes de la ciudad cuyo modo de vida traslucía el auge que vivía en esa época, San Francisco.

Ya anohecía cuando el señor Norton descendió del carruaje frente al Hotel California, en donde se hospedó. Después de instalarse en la habitación 204, el señor Norton abandonó el hotel y se dirigió al Emporium Theater, donde presenciaria la famosa “danza de la araña” interpretada por Lola Montez. Compró el boleto y entró al teatro. La función estaba a punto de empezar. Hermosas mujeres acompañadas de hombres ricos y elegantes llenaban el recinto. Norton se sentó en su butaca y estuvo leyendo el programa del espectáculo durante algunos minutos. Sin darse cuenta del momento en que había llegado, advirtió a su lado la presencia de una joven de expresivos ojos y dulce sonrisa que al parecer había acudido sola a la función. El telón se corrió y la música y el baile comenzaron a inundar la sala. Maravillado por la escena, Norton, sin embargo, no lograba concentrarse totalmente, ya que la presencia mágica de la joven que estaba a su lado, le inquietaba. No se trataba de cualquier mujer. Su hermoso rostro parecía conducir a infinitas galerías de vitrales cuya profundidad era incalculable. La fuerza que se adivinaba en cada sonrisa avasalladora de aquella chica con un bello vestido azul, producía cada vez más nerviosismo en Norton. La danza concluyó, y el público maravillado dio una gran

ovación a la bailarina. Los asistentes comenzaban a levantarse de sus asientos. La extraña joven que estaba sentada al lado de Norton emprendió la retirada; éste, con prudencia, esperó un momento y resolvió seguirla.

La bella mujer del vestido azul abandonó el pórtico del Emporium Theater y cruzó la calle. No era muy tarde. A poca distancia había un Café que permanecía abierto. En él entró la misteriosa dama, se sentó en una mesa cercana a la entrada, y pidió al mesero un café y una rebanada de pastel. Un pianista interpretaba música de la que podía escucharse en todos los cafés, restaurantes y tabernas de San Francisco en aquellos años. Norton entró al Café y aparentando buscar a alguna persona observaba los movimientos de la joven que había venido siguiendo. Se dirigió hacia su mesa.

—Buenas noches. ¿Me permite sentarme a la mesa? —dijo Norton. La joven asintió con una sonrisa.

—Mi nombre es Rudolph Norton, estoy de paso en San Francisco, en viaje de negocios.

—Mucho gusto —dijo la mujer del vestido azul hundiendo su mirada en Norton.

El mesero acudió en ese momento y tomó la orden al caballero recién llegado quien invitó a su acompañante a pedir algo.

Ya he ordenado, gracias —dijo ella.

El mesero se retiró y reanudaron la conversación.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—Preferiría que no lo supiera señor Norton, no tiene importancia.

—Pues le llamaré Sirene, como el nombre de este Café. Pero, dígame, ¿vive usted en San Francisco?

—Sí. . . es decir, estoy pasando una temporada aquí, y en unas semanas partiré a Nueva York para emprender un viaje a Europa.

—Dice que está pasando una temporada en San Francisco, entonces, ¿de dónde ha venido usted?

—De un lugar del que usted nunca ha oído hablar, y que es mejor no mencionar. Le puedo contar que llegué a San Francisco con una compañía teatral de la que me he separado. Pronto ingresé en un almacén y ahí trabajo y gano un poco de dinero.

—Veo que en usted, hay muchos enigmas indescifrables. . .

—Y que usted no debe tratar de descifrar —dijo la joven interrumpiendo a Norton.

—Bien Sirene, hablemos de otra cosa.

El mesero trajo entonces lo que la pareja había ordenado. Norton y Sirene conversaron mientras tomaban sus tazas de café. Ya se disponían a abandonar el lugar cuando Norton concertó una cita con la joven para la mañana siguiente.

—Pase mañana a las doce del día a mi trabajo señor Norton, Haberdashery Company en Market Street, ahí estaré.

—Muy bien Sirene, pero ¿podría usted acompañarme a arreglar un asunto de negocios? Después podríamos pasear.

—Encantada, señor Norton. Hasta mañana.

—Permítame acompañarle a su casa, Sirene.

—Debo ir sola señor Norton, gracias.

La misteriosa joven salió del Café y caminó en dirección contraria a la que Norton siguió para llegar a su hotel. No pudo conciliar el sueño sino hasta altas horas de la noche, pues había quedado intrigado con la presencia de la joven del vestido azul. Sus sueños reunieron las experiencias de la noche anterior: aparecía la joven "Sirene" bailando la danza de la araña.

A la mañana siguiente Norton despertó a eso de las nueve. Después de que se vistió, arregló todo en su pequeña maleta. Su oficio, agente de una compañía que distribuía el procedimiento para la elaboración de daguerrotipos, le hacía aparecer en los poblados pequeños como una especie de taumaturgo. Por eso tenía por norma ocultar su identidad ante los desconocidos. En una ciudad como San Francisco, en la que asomaban las novedades del mundo entero, sus procedimientos no podían causar tal conmoción.

Tras haber tomado su desayuno y de leer los diarios, Norton acudió a la cita que había

concertado la noche anterior. Iba incrédulo, pensando que la mágica joven no concurriría. Esa mujer revestía un carácter irreal, lo que le hacía creer que sería imposible su reencontro. Contra sus vaticinios, a las doce en punto frente a Haberdashery Company estaba “Sirene”. La mañana era esplendorosa. La muchacha de seductora sonrisa y mirada profunda, con un bello vestido blanco y con su hermosura rozagante, conservaba un aire misterioso.

—Buenos días Sirene, ¡qué bien luce usted!

—¿Cómo está, señor Norton?, ¡qué gusto verle!

Continuaron conversando y emprendieron la caminata por las calles de San Francisco.

—Sabe usted, Sirene, yo trabajo para una compañía que distribuye los procedimientos y productos para obtener daguerrotipos. ¿Ha oído usted hablar de los daguerrotipos?

—No señor Norton, ¿qué son?

—Son retratos o impresiones de las cosas reales, que se graban en placas metálicas. Es como si las cosas pudieran hacerse eternas al quedar grabadas. Así los momentos pueden perpetuarse. Para ello utilizamos sales de plata y vapores de mercurio.

—Es maravilloso, señor Norton, ¿podría ver alguno?

—Desde luego, Sirene. Iremos a arreglar el asunto para el que me envió a San Francisco mi compañía, y ahí nos haremos usted y yo un daguerrotipo.

—¡Qué bien señor Norton!, aunque no me gusta la idea de quedar grabada eternamente.

En ese momento la plática quedó interrumpida. El paso de un cortejo fúnebre hizo que la pareja se distrajera. Norton tuvo una sensación extraña; el ataúd aparecía como una especie de premonición. Algo relacionado con la muerte parecía anunciarse.

Caminaron un poco más y llegaron a la compañía que se interesaba en los procedimientos que Norton vendía. Los asuntos comerciales fueron arreglados y la pareja posó para un daguerrotipo. Una vez obtenido, Norton lo mostró a la muchacha. La impresión de la joven no pudo haber sido mayor. El objeto metálico le causaba gran extrañeza. Toda su hermosura aparecía plasmada en una placa color ocre.

Norton consideró algo rara la reacción de “Sirene”. Primero pareció haberse impresionado y luego su actitud fue como si los daguerrotipos fueran algo ya conocido desde hacía mucho tiempo. La reacción reafirmaba el misterio que rodeaba a la joven que vestía ahora de blanco.

Acordaron ir a comer a algún restaurante del centro. “Sirene” guardó el daguerrotipo en su bolsa, y pidió a Norton que hiciesen una parada en una pequeña tienda donde debía recoger un paquete. Norton accedió. Al llegar a la tienda la joven le pidió que sostuviera la placa metálica mientras ella recogía el encargo.

—Quizá no logre reconocerme después, señor Norton —dijo sonriendo la chica.

—Descuide Sirene, aunque se disfrazara yo reconocería su presencia.

—No esté tan seguro, señor Norton.

Diciendo esto, se dirigió con paso firme hacia la tienda. Norton esperó pacientemente durante un rato. Después de quince minutos comenzó a preocuparse y decidió entrar a la tienda. El lugar era fascinante: una gran cantidad de figuras de porcelana, de telas orientales, de objetos extraños de todos los lugares del planeta, estaba en aquel establecimiento. Pero “Sirene” no aparecía por ningún lado. Norton preguntó entonces al dependiente de la tienda por la joven de vestido blanco que había entrado quince minutos antes. El encargado respondió que en una hora no había entrado nadie a la tienda. Rudolph Norton comenzó a desesperarse y pensó en enseñarle el daguerrotipo al dependiente para que pudiera identificar a la joven. Al ver la placa Norton estuvo al punto del colapso. La imagen de “Sirene” se había borrado y aparecía él solo en la impresión metálica. Comprendió entonces que esa sensación de irrealidad de “Sirene” no estaba infundada, y decidió salir cuanto antes de la tienda. Cuando se disponía a hacerlo vio en los armarios de exhibición una hermosa muñeca de porcelana con un vestido blanco idéntico al que “Sirene” usaba esa mañana. Compró inmediatamente la figurilla y abandonó la tienda. Desconcertado, estuvo caminando por las calles de la ciudad y regresó a su

hotel al atardecer.

Por la noche acudió nuevamente a la función de Lola Montez esperando encontrar a "Sirene". La búsqueda fue infructuosa.

Norton sabía que los daguerrotipos también mentían, que los momentos no podían ser detenidos.

Al parecer, lo único real de su viaje a San Francisco era una muñequita de porcelana con un hermoso vestido blanco.

